

LA IDENTIFICACIÓN DE LA CONCIENCIA CON EL YO

por Néstor Tato

Una de las primeras preguntas que me surgen al leer el Libro de Escuela es la cuestión acerca de la identificación de la conciencia con el yo. Recuerdo -a propósito de esto- una frase que oía frecuentemente en algunos estudiantes inclinados a la filosofía fenomenológica: “Yo tenía esa intencionalidad de hacer (tal cosa)...” refiriéndose a las intenciones que guiaban su conducta.

Nosotros entendemos por intencionalidad la dirección de los actos de conciencia hacia los objetos, el estar lanzada la conciencia hacia los objetos. La expresión citada manifiesta la confusión entre el plano de la conducta y el de la dirección de la dinámica de la estructura acto-objeto, se confunde la dirección de la conducta en el mundo con la dirección de la conciencia en la estructura acto-objeto, y se confunde la “intención”, la dirección que uno quiere imprimir a su conducta, con la intencionalidad, que es la dirección permanente de los actos a sus objetos, más allá de mi voluntad.

Lo interesante de esta expresión es que a primera vista, el término intencionalidad, empleado en ese sentido de “intención”, está referido al yo como sujeto de la conducta, permitiendo ver en este caso una identificación conceptual entre yo y conciencia, entre dinámica del yo y la de la conciencia, siempre dentro de lo que comúnmente se entiende por yo, como sujeto o agente o núcleo de la conducta. Esta identificación conceptual, si bien responde a una teoría vaga, que carece de registros que la fundamenten, nos señalaría una confusión en el nivel de los registros, entre yo y conciencia, una identificación actual (vigente en el momento de la expresión) de la conciencia con el yo.

Esta anécdota nos sitúa de lleno en el tema. Intentaré la vía de la descripción, tratando de precisar registros que permitan repetir la experiencia de modo que podamos intercambiar sobre una base firme, ya que de otra manera, no pasaría del volátil estilo teórico que es habitual en el sistema y no permite saber dónde radican los errores de un desarrollo por la imposibilidad de verificación de lo expuesto.

Yo estoy escribiendo estas notas y simultáneamente trato de que la letra sea clara para poder entenderla luego, y también la expresión de mis pensamientos, que la postura no sea molesta, que no se me corra el almohadón en la silla, etc. Pero el hecho central que me ocupa es el de desarrollar las ideas que aparecen sobre el tema. Imagino frases, que se me aparecen como proyectadas en una pantalla por dentro de la frente y noto -y no me es claro- como si bajarán al entrecejo y luego salen por la punta de la lapicera sobre el papel. Alrededor de esas frases hay ideas que revolotean, permaneciendo unas, otras destellando y desapareciendo, imágenes relacionadas o no con lo que hago, que a veces desplazan a las frases en la frente, sin cortar su continuidad: imágenes de la redacción final, a máquina, la carta a Canarias, el intercambio que podría suceder con los amigos que se interesen, etc. Puedo evocar lo que me movió a hacer esto, mi “intención”.

Mi atención está más bien chupada en las ideas, los movimientos mecanizados. A veces caigo en cuenta de las carpetas abiertas sobre la mesa, la taza, los cigarrillos, casi constantemente siento la vista perdida en mi interior y como dirigida hacia arriba y adelante, donde pasan las ideas.

Todo es rápido en el suceder. Me apuro al escribir, para que no se me escapen las ideas. Yo me siento como detrás de las ideas, más acá del pensar y del escribir, en una zona oscura desde la que realizo esta doble tarea. Pero eso es cuando me busco, porque cuando no lo hago me siento en el pensar y en el escribir, volcado en las ideas y el papel, confundido en las ideas y el escribir. Soy yo el que elige pensar en una cosa u otra y paro de escribir y pienso.

Silvia antes de irse a acostar (esto no lo pienso, me pasó en ese momento) me dijo que apagara el horno cuando me fuera a la cama. Asentí. De pronto, un rato después, salté de la silla porque oí ropa quemada y fuí a la cocina a ver qué pasaba. Yo no quise oler, fue involuntario. Al oler automáticamente asocié el olor con el recuerdo de la ropa que implícitamente entendí que se estaba secando en la puerta del horno. Yo sí salté en dirección a la cocina.

Yo prendo un cigarrillo y al dar la primera pitada caigo en cuenta de que se me nubló la vista y veo a Luis como destinatario de la carta desplazando al prender el cigarrillo, que resurgió prendido al ser pitado. Y reconozco que otros sonidos y cosas o recuerdos llenaron mi atención por un instante sin interrumpirse el escribir o las cadenas de ideas. Y yo no busqué oírlas ni verlas o recordarlas.

Reconozco que mi atención fue atrapada por ellos tan sólo un instante o un poco más, si la cadena imaginada o recordada duraba más tiempo. Y en esto no hubo intención de mi parte, esto me pasó. Se que puedo manejar mi atención, elijo atender a lo que percibo. Atiendo a la taza y refuerzo la atención hacia lo que veo. Siento que se amplía el campo atencional y aparecen las carpetas y todo lo que hay en la habitación. Siento que concommita con la reducción de mi interioridad, que se esfuman las ideas, se detiene el pensamiento. Siento que yo trato de asir la experiencia, de detenerla, de relatarla internamente para luego recordarla y escribirla. Siento una leve y difusa sensación como mandórnica entre la intención, mi querer describir y escribir, y el apercibir. Es como si se rasgara algo que cubre mi interior. Siento que la apercepción me desposee de mis ideas. El campo de percepción crece, como si se descorriera un telón que estaba detrás y me siento al descubierto frente a una platea que me observa y yo no había visto. Esa ampliación del campo me arroja hacia atrás y adentro de mi cabeza, que recupera sus límites, desde donde trato de pensar. Siento una modificación en mi ser yo, como si no fuera el yo de antes, que se va esfumando. Esa pérdida de mí me desconcierta. No entiendo, yo quise apercibir y eso mismo se vuelve en contra de lo que quiero: apresar la experiencia de la apercepción, describirla. Siento toda la tensión que me mantiene en mi deseo de escribir, siento que eso es lo mío. Y el resto no me interesa. Mantengo la apercepción y aparece mi cuerpo y siento soltada de tensiones y que mi interés por describir va como diluyéndose, perdiendo fuerza, y que también va diluyéndose mi yo, ese que se puso a escribir.

Algunas cosas se me hicieron evidentes:

- 1) el registro del yo hasta que comencé a apercibir fue fuerte y el registro de mi cuerpo, débil. Al sentir mi cuerpo desde que apercibo, el registro del yo se hizo como más técnico, menos sentido.
- 2) Con ese fuerte registro del yo concommitó un fuerte registro de posesión por el escrito y un fuerte interés por el tema teórico. El apercibir sobre la experiencia me debilita el interés y me hace sentir como desvinculado o ajeno al tema.
- 3) La contradicción entre mi querer apercibir y la inercia de mi querer describir me hizo sentir como si coexistieran dos yoes: uno que se debatía por continuar activo en la dirección en que se había lanzado (escribir) y otro que había puesto en marcha la reversibilidad y que sentía como menos concreto y más sutil.

Ese yo que se debatía por seguir la inercia fue descubierto por delante de algo que siente que lo registra. Hay una vaga sensación de algo en movimiento de manera sutil y que siente, registra todo: MIRO LOS ANTEOJOS SOBRE LA MESA y siento que los miro. Trato de sentir esa sensación de mirarlos y ya es muy débil, pero hay una sensación de que hay algo que siente. Miro el tarro de leche y siento que me “lanzo” sobre el tarro pero al atender a la mirada, es como si ésta se acertara y apareciera nuevamente la sensación del límite de los ojos y más vagamente siento ese desplazamiento atencional hacia la mirada... me siento elegir los movimientos, los mecanismos que operan, como una presencia selectiva que se diluye en la intensidad de la apercepción.

A lo largo de todo lo anterior, noto como dos niveles de profundidad en la experiencia: en la primera etapa, el yo era lo profundo, lo de detrás, y en presencia estaban las cadenas de ideas que iba escribiendo. Aparecían otras imágenes -perceptuales, imaginadas o recordadas- que caían en el enorme cono de sombra de la copresencia. Los objetos que aparecían en el estrecho campo de presencia, lo hacían en relación al yo que los buscaba y que mantenía su atención en ellos, seleccionando de esa manera los que interesaban. Al apercibir hubo una ampliación del campo atencional y dentro de él quedó ese yo, o esa sensación del yo, que fue debilitándose y dando lugar a un yo más “impersonal”, menos interesado por nada en particular, y surgiendo concomitantemente una sensación más completa de los límites del cuerpo y de su ubicación espacial, y un registro interno y difuso de las direcciones que tomaba la atención y de una suerte de polo desde el cual se dirigía. No sentí que desapareciera el yo sino que se debilitaba o más bien se funcionalizaba, mutando en la sensación de un observador interno y registrador de lo que ocurría. Sentí que podía sentir - sin mucha precisión en el momento- las operaciones de la atención y que se reforzaban las diferencias cuando comparaba la simple visión con la apercepción y con la apercepción sobre la

mirada, lo que daba lugar a distintas profundidades de la cabeza en las que se ubicaba el polo atencional.

No me pido más para el nivel vigílico -y apenas- en que estoy y creo reconocer en estos últimos registros difusos el “registro del aparato que registra” o sea la conciencia.

Echando mano de los elementos teóricos de nuestra Psicología Descriptiva puedo comprender que desde este nivel de conciencia, de la intencionalidad tengo registro indirecto a través de sus indicadores directos: las imágenes -sentidas, imaginadas o recordadas- que estuvieron constantemente presentes en mi campo atencional. Se puede aclarar más esto mediante un pequeño artificio: si atendemos a los movimientos de nuestra atención en el espacio de percepción, registraremos que ésta se mueve constantemente hacia distintos puntos en los que se focaliza y que la focalización se registra como si la atención se dispersara o se lanzara hacia esos puntos. Hay un cierto registro cenestésico que acompaña a este movimiento de la atención, como si “algo” se lanzara tratando de aprehender el objeto, algo que se registra como inmaterial pero como “mío”, como si “mi ser” se lanzara hacia el objeto. Indudablemente se trata de un registro cenestésico, pero nos puede servir para comprender ese estar lanzada la conciencia en dirección a su objeto, o estar referida a él, captando tan sólo el movimiento de referirse o lanzarse, registrando vagamente un punto o zona desde la que se produce ese movimiento.

Por supuesto que este truco no es más que un apoyo para poder dar una base sensorial al concepto teórico de la intencionalidad, ya que mientras la atención se “lanza” hacia un punto, focalizándose en él, el resto de los objetos que configuran el espacio de percepción aparecen en el campo de la conciencia (copresencia perceptual) y ésta está referida o lanzada también hacia ellos.

En el caso considerado no había sufrimiento, pero éste podría haber estado presente, modificando fenoménicamente las características de la relación entre el yo y el objeto.

En síntesis, cuando la conciencia se identifica con el yo, podemos ver lo siguiente:

- 1) hay un fuerte registro del yo que oscurece el registro interno de las operaciones de la conciencia;
- 2) hay un fuerte registro de posesión que enlaza al yo con un objeto o interés determinado;
- 3) hay un sistema de tensiones actuando y pérdida de la sensación del cuerpo, que, alucinada cenestésicamente, genera la sensación de carga o fuerza del interés;
- 4) el ruido perturba el trabajo adecuado de la conciencia en una vigilia atenta, porque baja el nivel de trabajo y/o se altera, con sus concomitancias en el mecanismo atencional.

Considerado en dinámica, una imagen que traduce o dispara un sistema de tensiones concomita con el fortalecimiento de un registro sufriente o placentero del yo, que se nutre cenestésicamente de la alucinación de la sensación del cuerpo que determina la fuerza del interés y del registro de posesión, así como reduce el campo atencional imponiendo un cerco mental temático en torno al interés, con el consiguiente descenso y/o alteración del nivel vigílico.

(Este texto debe de haber sido el primero que escribí después de la reproducción de Canarias 1976. Dado que aparecen en mi entorno Silvia, mi entonces pareja, y Luis Ammann, debe ser anterior a la formación de la Orden y contemporáneo de las vísperas de la apertura de la Escuela, allá por junio de 1977. Leído a la distancia no parece que haya avanzado mucho y más parece un programa de investigación que cumplí a lo largo de estos 40 años transcurridos. Buenos Aires, setiembre 6 de 2019)